

campesina, obrera y desposeída en general, en aras del “difícil camino a la modernización”.

Mariano E. Torres Bautista

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

JOSÉ JUAN TABLADA, *Noticias biográficas de los Ministros de Relaciones de la Nación Mexicana*, edición, prólogo y notas por Jorge Ruedas de la Serna, México, Facultad de Filosofía y Letras, Dirección de Asuntos del Personal Académico, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, 264 pp. ISBN 978-970-32-5173-5

A propósito de la conmemoración del Centenario de la independencia de México, Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones, pensó en formar un libro de biografías de los ministros encargados de la política internacional entre 1821 y 1909. Como biógrafo, señala Jorge Ruedas de la Serna, editor de los textos, Mariscal no eligió un cultivador de ese género, ni un historiador, sino un literato, justamente el ya afamado poeta José Juan Tablada, quien aceptó y el 9 de agosto de 1909 firmó el nombramiento para escribir las biografías. El ministro Mariscal no vio la obra pues murió en abril de 1910; su sucesor, Enrique C. Creel, pudo haber sido, apunta Ruedas de la Serna, quien recomendó a Mariscal dar el encargo a Tablada pues, además de conocerlo, el ex gobernador de Chihuahua tenía fama de apoyar a los artistas. El plazo para escribir las biografías se fijó en seis meses y el sueldo mensual de Tablada sería de 100 pesos. Los textos se publicaron en el *Boletín de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, de mayo a octubre de 1911 (t. XXXII) y de noviembre de 1912 a abril de 1913 (t. XXXV).

La galería de los ministros de Relaciones no sigue un estricto orden cronológico en el desempeño del cargo, acaso por la búsqueda de fuentes por parte del biógrafo; empieza por José Manuel Herrera, nombrado por Agustín de Iturbide en 1821, sigue con Lucas Alamán, cuya delicada misión en 1830 fue la ratificación de los límites de la frontera norte de México. Siguen: Juan de Dios Cañedo, Sebastián Camacho, Manuel Gómez Pedraza, Carlos García, Manuel de la Peña y Peña, Francisco Lombardo, Manuel Eduardo de Gorostiza, Francisco Fagoaga, José de Emparan, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Doblado, José María Lafragua, José Fernando Ramírez, Ezequiel Montes, Francisco Zarco, Juan Antonio de la Fuente, José Gómez de la Cortina, Luis de la Rosa, León Guzmán, Joaquín Castillo Lanzas, Mariano Otero, Miguel Arrijoja, Manuel de Zamacona, Manuel Rejón, Joaquín Baranda; el último es Julio Zárate, encargado de reanudar las relaciones con Francia entre 1879 y 1880.

En la composición de las 33 biografías de los ministros de Relaciones José Juan Tablada refiere la infancia, la formación escolar y la participación en los asuntos públicos y se apoya en fuentes anteriores –Guillermo Prieto, Francisco Sosa, Emilio del Castillo Negrete, entre otros– de las que toma lo conveniente para dar los trazos del personaje, cuyos altibajos propios de los seres humanos interrumpen líneas de conducta y convicciones, fugaces altos en un camino que llevará a una meta: el bienestar de la patria, la justicia social, la tolerancia frente al adversario interno, el espíritu nacional, el cultivo de las artes y las ciencias en la educación.

En los retratos de la galería es perceptible el elogio *–laudatio–*, usual en la antigüedad clásica. Baste mencionar a Jenofonte y los *Recuerdos de Sócrates*, obra que se convirtió en modelo con el siguiente orden: primero hablar sobre la familia y los antepasados del difunto; luego sobre la carrera pública y los hechos más destacados y, sobre todo, como señala Georges May, sobre las

“virtudes por las cuales merecía perpetuarse en la memoria de sus conciudadanos”.¹ Enseguida reseñaremos algunas biografías que testimonian la sincera admiración de José Juan Tablada por el proyecto liberal republicano.

Lucas Alamán, ministro de Relaciones durante el gobierno de Bustamante (1830), es caracterizado como “un sabio ilustre y un benemérito de la civilización y el progreso de la patria”, frase que exime sus errores “no comparables a su prestigio” (p. 43). De José María Lafragua, ministro de Relaciones en 1872 (año en que el presidente Juárez falleció), subraya “el brillo de sus virtudes públicas y privadas”, con las que accede al registro de su nombre con “letras áureas que la historia abre a los próceres de la patria” (p. 162). De Francisco Zarco, quien al triunfo del gobierno de Juárez fue nombrado jefe del gabinete y encargado del ministerio de Relaciones, desde donde impulsó la ley de matrícula de los extranjeros y la ley de imprenta, por la que hoy es más reconocido, Tablada recuerda que ejerció el periodismo cuando “era una arena en la que el gladiador derramaba su sangre en aras del más desinteresado ideal”, y un orador demócrata cuando “la democracia era un apostolado y la tribuna parlamentaria era un altar de la libertad” (p. 184). Sobre el destacado poeta y narrador José Joaquín Pesado, Tablada entrega una biografía en la que toma lo conveniente de las de José María Roa Bárcena y Francisco Sosa. Ministro del Interior y de Relaciones en el gobierno centralista, en el texto se le dedica más espacio a su obra literaria subrayando la formación clásica notable en los poemas que, entre otros motivos, le dieron acceso a la Real Academia de la Lengua Española, nombramiento firmado por el destacado escritor Francisco Martínez de la Rosa. En Pesado Tablada acuña el símbolo del letrado como orgullo nacional: su vida se dedicó al estudio y se vio hon-

¹ Georges Claude MAY, *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 186.

rada por los intelectuales contemporáneos, gozó de gran estima en la sociedad y es el paradigma del hombre público; su producción poética lo lleva a ocupar un lugar en el Parnaso de la Patria a su muerte, ocurrida el 3 de marzo de 1861.

Sobre el zacatecano Luis de la Rosa, miembro del Ateneo mexicano, donde presentó una reflexión sobre las relaciones entre el discurso histórico y el discurso literario (“Utilidad de la literatura en México”), y quien en sus artículos periodísticos entregaba su fe en las ideas liberales, José Juan Tablada menciona un hecho notable: en 1846, cuando De la Rosa tenía a su cargo el Ministerio de Justicia, emitió una circular dirigida a los obispos, “fecunda simiente que más tarde habría de asomar en la floración liberatoria de la Reforma” (p. 210). Durante la intervención estadounidense, De la Rosa propuso la paz, lo cual, como era de esperar, le atrajo críticas de sus correligionarios. Examinando el libro *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848, por un joven de entonces*, que José María Roa Bárcena publicó en 1883, Tablada comprueba que De la Rosa hizo una gestión propia de un estadista en el tratado de Guadalupe Hidalgo. Fue durante la presidencia de José Herrera que De la Rosa fue designado ministro plenipotenciario y enviado extraordinario a Washington, donde vigiló el cumplimiento de los tratados sobre la frontera norte. En esta biografía es notorio el afán de Tablada por documentarse; además de la historia de Roa Bárcena recurre a Francisco Sosa, quien, a su vez, cita a Francisco Zarco para referir los buenos oficios de don Luis para restablecer las relaciones con Francia. El rastreo de fuentes por parte del biógrafo es explicable pues De la Rosa participó en uno de los momentos de mayores vaivenes de México: el centralismo, el federalismo, la guerra de 1847, el gobierno de Santa Anna, la primera intervención francesa, el regreso de Santa Anna y su encarcelamiento en la ex Acordada, episodios que tocaron al biografiado, volvió a Zacatecas por un tiempo y quien a su regreso a la capital con

el caudillo del sur, don Juan Álvarez, atendió asuntos con Inglaterra y España. El patriotismo de Luis de la Rosa no encontró reposo durante su vida; todavía en su lecho de muerte se negó a firmar una carta que México le dirigía a Inglaterra, por considerarla “incompatible con el decoro nacional” (p. 214), y se dedicó a escribir una nueva carta, acción que lleva a Tablada a citar de la obra de Shakespeare *Coriolanus* las siguientes frases del personaje Corninuis: “Amo el bien de mi patria, con un respeto más tierno, más sagrado y profundo que mi propia vida” (p. 214).

En 1858, durante la presidencia de Benito Juárez, Melchor Ocampo fue ministro de Relaciones. Un episodio del joven Ocampo se convirtió en material fértil para el literato José Juan Tablada; se trata de un viaje a Europa sobre el que halló dos versiones. Una dice que en 1840, Melchor fue raptado por unos hombres enmascarados; su tutor, el licenciado Alas lo buscó infructuosamente y poco después recibió una carta firmada en París por Ocampo. Sobre esta versión Eduardo Ruiz considera que el propio Ocampo hizo pasar como hecho real un secuestro del que supuestamente fue víctima, pero del que se liberó inmediatamente cuando los secuestradores se percataron de que lo habían confundido con Martínez Caro, un publicista de gran parecido con Melchor. No obstante la confusión fue llevado a Veracruz y lo embarcaron a Francia. Ahí pasó muchas penurias siempre recompensadas con el estudio de la agricultura práctica, la trigonometría, la cartografía, el acopio y la definición de más de mil mexicanismos y la redacción con Salvá del Suplemento al *Diccionario de la Lengua Castellana* de las voces que usan en la República de México. El transterrado por casualidad o por voluntad propia regresó a México y comenzó su vida pública dominada por un ideal, subraya Tablada: “redimir a la nación de la doble tiranía del clero y los militares que la tenían abrumada” (p. 118). La vida de Ocampo, llena de adversidades, es interpretada como el camino del apóstol que muere para saciar la venganza de los

ministros del alto clero por la desamortización de los bienes. De ahí que Tablada reconozca las virtudes del modesto michoacano que ante las acusaciones personales usaba el “nosotros” cuando se denostaba la obra de los liberales, la misión de una generación que, como hoy sabemos, suele brillar con el solo nombre de Benito Juárez.

En casi todas las biografías la lealtad a la causa republicana es objeto de encomio; un ejemplo es la de Ezequiel Montes, ministro de Relaciones en 1857 y ministro plenipotenciario en Roma hasta 1859. Tablada destaca su lealtad al gobierno republicano durante el segundo Imperio, indicio de “un patriotismo ejemplar que no menguaron promesas ni amenazas y que le costó la violación del propio domicilio, el encarcelamiento y el destierro al extranjero” (p. 175). Al término del segundo Imperio, regresó a México, fue diputado al Congreso constitucional y en 1880 ocupó la cartera de Justicia e Instrucción Pública. Sus dotes de orador son caracterizadas como “sonoros y vibrantes ecos” que conmovían “el templo de la ley” (p. 177), y entre sus facultades destaca la memoria, que guardaba íntegro el texto de *La Iliada*, justamente calificada como una extraordinaria empresa.

El ministro Ignacio Mariscal, que dio el encargo a José Juan Tablada, murió en abril de 1910, año en el que Jorge Ruedas de la Serna, el editor de las biografías, supone que el poeta seguía escribiendo la galería pues en la de Mariscal comienza por decir que en la tumba aún estaban frescas las flores votivas y cita un fragmento del discurso que Joaquín D. Cassasus pronunció en el funeral. Mariscal nació en Oaxaca el año de 1829, fue diputado al Congreso de la Unión, en el que se discutió la Constitución de 1857. Su carrera en el Ministerio de Relaciones comenzó como oficial mayor en 1862 y al año siguiente fue miembro de la Legación en Washington con Juan Antonio de la Fuente, ministro plenipotenciario en Estados Unidos; en 1881 fue designado secretario de Relaciones Exteriores. Una de sus delicadas misiones fue

restablecer las relaciones con las naciones europeas. También en 1881, cuando los restos del general Arista fueron entregados a México por marinos españoles, el ministro Mariscal pronunció un discurso impregnado de sentimientos conciliadores frente a España, al reconocer el legado en la civilización cristiana, las costumbres, las leyes, elementos que son un sello, decía Mariscal, “tan indeleble, que por donde quiera se ve claro entre nosotros que hemos sido Nueva España”; la madre patria, continúa, fue la que “pudo abrirnos el porvenir de un pueblo culto en el sentido moderno” (pp. 127-128), frases que ahora resaltan la asunción y comprensión de la herencia por un liberal, expresadas a la distancia de 14 años de la restauración de la República.

La edición de Jorge Ruedas de la Serna de *Noticias biográficas de los Ministros de Relaciones de la Nación Mexicana* da cuenta del rigor junto a la oportunidad en las notas que aclaran lo necesario sin interrumpir la secuencia del texto; el libro se suma a otras ediciones críticas que sobre la obra de Tablada ha venido haciendo en los últimos años.² El respeto al orden en que fueron publicadas las biografías en el *Boletín de la Secretaría de Relaciones* entre 1911 y 1913, no cronológico respecto del desempeño de la función de los ministros, otorga variedad y alejamiento del rigor que suelen tener las galerías de personajes distinguidos.

Cuando José Juan Tablada escribió las 33 biografías de los ministros de Relaciones tenía 38 años, ya había conseguido un lugar destacado entre los escritores modernistas y había publicado el excelente poema “La misa negra”. El poeta nació en 1871, cuatro años después de la restauración de la República, el nuevo tiempo, como pregonaron los triunfadores, la auténtica independencia, como señalaron de inmediato los historiadores; segura-

² En 2006 apareció la edición crítica de *En el país del sol*, en *Obras, VIII*, México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

mente recibió lecciones de historia nacional que ya comenzaban a esculpir en bronce a los nuevos héroes. El joven Tablada recibiría también lecciones de positivismo y se enteraría de los debates sobre tal doctrina y después se sumaría a la *Revista Moderna*. El trayecto del poeta hasta llegar a 1909, año en que le encargaron las biografías de los ministros de Relaciones, lleva a pensar durante y después de la lectura de los 33 textos, que entendió y admiró la vida de los funcionarios y con esto asumió una herencia, perceptible en la memoria pública, en la biografía, un género versátil que se desliza amablemente en el libro que reseñamos, una aportación al estudio del primer siglo del México independiente, el ocaso del porfiriato, la conmemoración del Centenario de la independencia y, desde luego, a las relaciones internacionales de México.

Leticia Algaba Martínez

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

DOLORES PLA BRUGAT (coord.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, prólogo de Nicolás Sánchez Albornoz, México, Secretaría de Gobernación, Instituto Nacional de Migración, Centro de Estudios Migratorios, Instituto Nacional de Antropología e Historia, DGE Editores, «Migración», 2007, 643 pp. ISBN 978-968-5011-95-2

El largo tránsito “del destierro a la morada” —para usar la certera definición de Clara E. Lida—,¹ que vivieron los exiliados españoles en América Latina, es el tema central del volumen

¹ Véase “Del destierro a la morada”, en José María NAHARRO-CALDERÓN (coord.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: «¿A dónde fue la canción?»*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 63-84.